

## EL DOCTOR JOSE TORRES TORIJA Y SU TIEMPO \*

FRANCISCO CASTILLO NÁJERA  
Académico de número

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina,  
Señores académicos, señoras y señores:

La que celebramos es una ceremonia con caracteres de rito religioso; es consagración y prueba de gratitud; sus fines son estimar las virtudes y agradecer los servicios de quienes merecieron presidir nuestra docta institución. "La Academia Nacional de Medicina acostumbra honrar a sus presidentes muertos colocando sus retratos en la Sala de Actos", dice una comunicación oficial. Enunciado cuya sencillez entraña significación profunda: la efígie del ilustre desaparecido, en la galería de sus iguales, lo incorpora al culto permanente.

Las imágenes presiden todos los actos académicos y nos recuerdan las normas de conducta profesional y humana que habremos de seguir si aspiramos a ser dignos descendientes de los prohombres que físicamente nos acompañan, representados en las reproducciones pictóricas; y, de acuerdo con la concepción griega, son nuestros dioses tutelares, los que nos impulsan, inspiran y protegen.

Nuestra veneración constante mantiene viva la memoria de los ilustres varones y contribuye a inmortalizarlos, pues la desaparición material es una muerte relativa.

El fallecimiento absoluto de un individuo se consuma, no cuando la tierra cubre sus despojos, sino cuando gravita sobre su recuerdo, aniquilándolo, la invisible lápida del olvido.

\* Semblanza leída, en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina, la noche del 5 de noviembre de 1952, en que se rindió homenaje al Dr. Torres Torija y se colocó su retrato en el Salón de Actos.

Mi alejamiento involuntario de las funciones académicas, rara vez interrumpido durante varios lustros, se disculpa y explica por mi permanencia en países extranjeros y, después, por mi declinante salud, no recuperada todavía; pero, salvo un impedimento insuperable, cualesquiera razones carecerían de validez como justificantes de mi abstención en esta solemnidad.

Descortesía hubiera sido el no aceptar la invitación atenta del sabio generoso que nos preside y a quien debo atenciones inusitadas en su doble actuación de médico y de amigo. Al designarme para desempeñar el encargo con el que figuro en el programa, el doctor Gutiérrez Villegas expuso que los oradores naturales, en estas reverentes manifestaciones, deben ser, no por un compromiso reglamentario, sino por afinidades de grupo y por la especialidad académica, los presidentes de las secciones a las que pertenecieron los consagrados.

Sobre consideración tan pertinente, privan, en este caso particular, respecto al doctor don José Torres Torija, otros motivos que casi constituyen una obligación derivada de los vínculos amistosos que nos unieron y que, en el transcurso de cuarenta y siete años, constantemente se multiplicaron y se hicieron más íntimos. Colaboración en las mismas obras; aspiraciones semejantes, luchas por causas idénticas, cariño respetuoso para los mismos maestros, y recíprocas muestras de la desinteresada estimación mutua, son las circunstancias en que nuestras vidas coincidieron y nuestras almas conculgaron.

Mis oyentes apreciarán los sentimientos que me conmueven al remover tantas memorias; mientras cruzamos el mundo, la interrelación con algunas personas, hace que con ellas nos identifiquemos, al grado de que llegan a formar parte de nuestro ser espiritual, y su pérdida es dolorosa como un arrancamiento e irreparable como una mutilación. Y al surgir los múltiples recuerdos, avívase la herida y... pero no es hora de lamentaciones ni ésta una oración fúnebre; ya lo insinuamos, somos oficiantes en rito de apoteosis; no venimos a regar asfodelos en una necrópolis; llegamos a enflorar con los laureles del triunfo y las rosas de la admiración los altares erigidos en honor de nuestros muertos inmortales.

Tampoco escribo una biografía: no dispongo de tiempo ni de bastantes datos; en el expediente académico de Torres Torija no figura ni el lugar ni la fecha de su nacimiento; igualmente, no se datan las épocas en las que desempeñó los cargos que se registran; otros importantes, como el de Oficial Mayor de Salubridad, no se mencionan siquiera. Tampoco se apunta el nefasto día de su tránsito.

Para remediar tales fallas, exigese una de las ineludibles condiciones de ingreso: la biografía del socio fallecido al que sucedió el recipiendario.

Para disponer el *curriculum vitae* de los académicos, se imprimirán formularios en los que, anualmente, cada uno de aquéllos agregará las noticias correspondientes al año transcurrido. El expediente, cerrado con la nota necrológica, serviría como principal fuente para el trabajo del biógrafo.

Respecto a la edad de José Torres Torija, los diarios capitalinos, al comentar la defunción, dieron cifras diversas; alguno asentó: 68 años; otro estampó: 65. No creí de importancia hacer averiguaciones; estimo que 68 es, si no la edad exacta, la más próxima; fundo mi suposición en el hecho de que "Pepito", así le llamaban sus familiares y amigos, emprendió sus estudios preparatorios en 1896, es decir, a los 12 años aproximadamente.

En 1902, habiendo terminado la preparatoria, inicia su carrera en nuestra Facultad. Así, la vida médica de José Torres Torija ocupa medio siglo de constante labor fecunda. Sólo en los dos años que precedieron a su muerte se retardó el ritmo de su actividad; ya el cuerpo no respondía a los fogosos impulsos del alma incansable.

Menos de dos meses antes de cerrar los ojos para dormir el sueño último, pasó a la categoría de Socio Titular de la Academia. Fué tanto su afán por cumplir con todos sus compromisos que, ya imposibilitado para concurrir a la sesión en la que le tocaba el turno a su trabajo correspondiente a 1951, envió el escrito solicitando que se le diera lectura, como sucedió en la sesión del 17 de octubre, es decir, año y medio antes del adiós a la vida terrenal.

Al acusar recibo de la remisión y de la solicitud, el Secretario General informó al remitente: "se leyó su interesante trabajo titulado *Las exhumaciones y sus resultados*, siéndome satisfactorio igualmente comunicarle, por acuerdo del doctor Donato G. Alarcón, Presidente de esta Academia, que la misma estima en mucho el esfuerzo y la entereza de usted, pues estando delicado de salud ha cumplido con sus deberes de académico".

Torres Torija cursaba el cuarto año y yo el primero en 1905; las relaciones entre los estudiantes de cursos diferentes limitábanse, por lo general, a un saludo ceremonioso: "adiós, compañero", y las sostenidas entre los del mismo año, sólo con el transcurso del tiempo llegaban a revestir caracteres de amistad. Los grupos más coherentes formábanse por razones de paisanaje o de habitación en la misma vecindad. Leandro Valle 5 y Montealegre 8, albergaban al mayor número de futuros médicos. Las prácticas en los mismos hospitales eran otro motivo de acercamiento.

Una sorda hostilidad injusta, señalaba como "pesados" y "pretenciosos" a "los del Distrito", y Pepe —ya no se le designaba con el doble diminutivo— era de la Capital, es decir, de "los del Distrito". El sentimiento de antipatía era más agudo entre los estudiantes de los primeros años; después disi-

pábase cuando la relativa convivencia daba ocasión de apreciar que “los del Distrito” son tan estimables como los provincianos de cualquiera otra región.

Para los novatos, acercarse a los capitalinos de años superiores se traducía en ventajas que los paisanos, aun los ya pasantes, no siempre podían proporcionar.

Los de la metrópoli conocían “de saludo” a muchas de las señoras y señoritas que ostentaban su belleza en Plateros, paseando en los *landcaus* y las victorias tirados por troncos de pura sangre.

Naturalmente, trataban con cierta confianza a las “bonitas del barrio”: las conocían desde pequeñas cuando ellos eran “perros” de la Preparatoria.

Ir con uno de “los del Distrito” a Plateros, constituía una regocijada fiesta: nos mostraban a sus conocidas, enunciándolas por sus nombres; también a los políticos y financieros notables, instalados en cómodos sillones, dentro del vestíbulo del Jockey Club.

A esas superficialidades añadíanse ventajas positivas: recomendaciones para un sastre barato; adquisición de billetes de representaciones teatrales y de otras fiestas privadas; aun llegaban a ser nuestros fiadores en almacenes que nos vendían casimires en abonos —a ellos los fiaban sus padres u otros parientes.

Discutiendo con algunos condiscípulos, llegábamos a la conclusión de que sólo por una inconfesable envidia veíamos “chocantes” a los del Distrito; al fin nos adaptábamos al ambiente y las diferencias desaparecían.

Mis tratos con Torres Torija y con otros de su curso, entre los que recuerdo al estimabilísimo Luis Rivero Borrel, se iniciaron en los dominios del arte: ocupábamos la galería del Arbeau en las funciones de ópera, de drama italiano y en los conciertos de la orquesta dirigida por el maestro Meneses. Habitualmente los extremos de los dos lados, los más próximos al escenario, eran los de los estudiantes.

La bondad ingénita de Pepe me atrajo; concurríamos, en horas extraordinarias, con otros compañeros, al anfiteatro; Torres Torija y los de su curso practicaban operaciones y nos dirigían, a los del primero, en las disecciones de Anatomía Descriptiva.

En 1908, Torres Torija recibe su título de Médico Cirujano y empieza la vida profesional que habría de prolongarse por más de cuatro décadas, durante las cuales, el galeno presenció las transformaciones de la medicina: la gloriosa radiación de la era pasteuriana, el desarrollo de la higiene y de la medicina preventiva; todos los progresos en radiología y radioterapia, sin contar los avances de la cirugía; la revolución en la terapéutica que, desde la “era del cacodilato”, al principiar el siglo, hasta nuestros días, descubre

y elabora elementos insospechados: los arsenicales como antilúéticos; la insulina, las hormonas y las vitaminas, y los más recientes: las sulfas, la micoterapia y la cortisona.

Torres Torija siguió todos esos cambios; fué su gran mérito estudiar incesantemente y conocer, a fondo, todas las novedades; estuvo siempre al día.

En ocasión del vigésimoquinto aniversario del maestro Pruneda, como Secretario Perpetuo, la Academia le dedicó una sesión extraordinaria en la que Torres Torija produjo una monografía sobre la obra del maestro; magnífico trabajo, cordial biografía en depurado estilo. Después de la velada, departimos Torres Torija y yo; desenterramos recuerdos y con gran entusiasmo pasó revista a lo que México ha ganado en creación de ciencia y en el adelanto material, concerniente a la reconstrucción de los viejos hospitales, desconchados y casi en ruinas, por secular abandono, y cuya desorganización administrativa concordaba con el deterioro material.

Hablaba, casi enternecido, de las nuevas instituciones, orgullo de cualquier país: varias clínicas obstétricas, el Hospital Militar, el del Niño, y, sobre todo, el de Enfermedades de la Nutrición, y el Instituto de Cardiología, dirigidos, éste, por Chávez, aquél por Zubirán, eminentes colegas, mundialmente reputados como primeras figuras en sus respectivas especialidades.

En el largo recorrido de su carrera pública, Torres Torija desempeñó puestos importantes; copio de su expediente los catalogados hasta noviembre de 1925, fecha de su ingreso a nuestra corporación:

Médico Antropómetra Auxiliar de la Cárcel General de México, D. F.  
Director del Gabinete Antropométrico del propio Establecimiento.  
Médico Externo del Hospital Juárez.  
Director del propio Establecimiento.  
Ayudante de Clínica Quirúrgica en la Facultad de Medicina de México.  
Profesor de Clínica Propedéutica Quirúrgica en la misma Facultad.  
Profesor de Patología Quirúrgica en la misma Escuela.  
Perito Médico Legista del Distrito Federal.  
Director del Servicio Médico Legal del Distrito Federal.

Ulteriormente, me sucedió en la cátedra de Medicina Legal, y enseñé igual asignatura en la Escuela de Jurisprudencia. Fué de los fundadores y presidió la Sociedad Mexicana de Medicina Forense y Criminalología.

De 1930 a 1932 ocupó la Oficialía Mayor del entonces Departamento Autónomo de Salubridad y tuvo igual categoría, en la Universidad Nacional, del 1940 al 1942. Por muchos años fué vocal de la Beneficencia Privada y patrono de algunas fundaciones de fines benéficos y educativos.

Dirigió el Hospital Juárez por cerca de diez años, a partir de 1921. En 1919, obedeciendo a una indicación de las autoridades superiores y por motivos de naturaleza política, renuncié a la dirección de aquel hospital, al que serví durante dieciocho meses, sin cobrar sueldo, pues lo destiné a las instalaciones de una sala de curaciones. En mi renuncia me permití recomendar que se nombrase, como mi sucesor, a uno de los más antiguos y competentes médicos del hospital y propuse una terna: José Torres Torija, Salvador Guerrero y Angel Sciandra. Se me contestó, atentamente, aceptando la dimisión y prometiendo considerar mi propuesta fórmula; fórmula de mera cortesía, pues ya estaba expedido el nombramiento de mi substituto.

Enterado de mi justa proposición, Torres Torija, para corresponderme, en unión de otros compañeros, me agasajó con una cena; tuvo la hombría de criticar, en su brindis, al gobierno por la forma en que se me obligó a separarme.

Por los cambios políticos, en 1920, la dirección de la Beneficencia Pública se confió al general y doctor Enrique C. Osornio; me llamó para restituirme en el "Juárez"; otras ocupaciones me impidieron aceptar; de nuevo, recomendé a Torres Torija; pero el general Osornio había ofrecido el puesto, en el caso de que yo lo rehusase, al doctor Guadalupe García García, hombre probo y buen cirujano, merecedor de dirigir el hospital en el que se había formado, como practicante del ya, desde aquel entonces, famoso cirujano Rosendo Amor.

En tiempo de García García se iniciaron algunas mejoras materiales y se instaló un bien dotado y moderno gabinete radiológico; pero la transformación radical del viejo edificio y la reorganización de su régimen interno y de su carácter científico, se desarrolló durante la década en la que Torres Torija estuvo al frente del hospital; años después, siendo director otro eminente colega, el doctor Castro Villagrana, llegóse a feliz término.

A mediados de 1927 visité, a instancias de Torres Torija, el establecimiento en obra ya bastante adelantada; en el cubo del zaguán encontré a una enfermera, ya bastante anciana; era la representante del pasado; le pregunté por don Pepe, nueva designación de Torres Torija. "¿Cuál don Pepe?", me preguntó "la mayora". "Torres Torija", respondí. Ella me aclaró: se hacía indispensable añadir el apellido. "Ahora, explicaba, tenemos al director don Pepe Torres Torija, a don Pepe Castro Villagrana y a don Pepe Rojo de la Vega, el que de jovencito fué tan buen practicante y de médico es uno de los mejores." Después, escuché las confidencias: ya no existían "las mayoras", las enfermeras actuales eran tituladas y tenían grados que la cuitada no entendía muy bien. De las viejas sólo se contaban ella y otras dos; la benevolencia de don Pepe, del director, les había señalado

labores compatibles con su edad y con sus aptitudes. "La verdad, confesaba la viejecita, es que las tituladas saben más que nosotras; todo, concluía, está desconocido, cambiado, y anda muy derecho; don Pepe a toda mira y a todo corrige."

Las frases de la viejecita servidora resumen la fructífera obra de quien, a semejanza de los facultativos que conquistan notoriedad y respeto, dejan de ser el doctor tal, para recibir, antepuesto a su nombre, el tratamiento de "don"; sin duda, al oírlo, las primeras veces, Torres Torija recordó a sus profesores: don Ramón Icaza, don Ramón Macías, don Pepe Ramos, don Pepe Terrés y a todos los demás maestros prominentes que llevaban patronímico y a los contados que por tener nombres únicos, no necesitaban el de familia: don Demetrio, don Regino, y don Domingo; suprimíanse: Mejía, González y Orvañanos, respectivamente, por inútiles. Ahora, sin perder el título de *maestro*, usado, por lo general, cuando se les habla directamente, más que cuando de ellos se habla, han conquistado el "don" muchos de nuestros admirados académicos: don Rosendo, don Gabriel, don Alfonso, don Tomás y casi todos, menos los que por su juventud sólo merecen el diminutivo, ya en el nombre de pila ya en el de familia; vieja tradición, también; ya en mi tiempo decíamos: Sanchitos, al portento de erudición que fué catedrático de Anatomía, y Juanito Hernández al campechano profesor de Física Médica.

En el Servicio Médico Legal trabajamos juntos don Pepe y yo; más de una vez concurrimos a los interrogatorios a que nos sometían, en los jurados populares, los agentes del Ministerio Público y los defensores de los reos. Frecuentemente constituíamos la pareja dictaminadora en difíciles procesos.

Pude, así, aquilatar sus amplios conocimientos y sus extraordinarias facultades para discernir. Muchos de sus dictámenes, en casos que no tuvieron repercusión pública, merecen ser conocidos, pues son modelos en la especialidad.

Creo haber dicho que fué mi sucesor en la jefatura del servicio, en el que permaneció hasta poco antes de su muerte, con las interrupciones motivadas por la incompatibilidad con algunos de los empleados ya citados.

Presidió nuestra Academia en el período de 1929-1930; en sus veintiséis años de actividad en esta institución, además de sus trabajos reglamentarios, presentó dictámenes y desempeñó comisiones variados unos y otras; representó a la Academia en congresos y convenciones nacionales y extranjeros; los congresos del niño, los de criminología, así como numerosas juntas científicas lo contaron entre sus más destacados miembros.

Sus discursos revelan su extensa cultura médica y general y su dominio del idioma. Recuerdo el de clausura en el X Congreso Médico Mexicano, reunido en Morelia, en diciembre de 1932; hermosa pieza que con el original relato de Nacho González Guzmán, debiera editarse como recuerdo de aquella reunión, última de la serie, hoy mejorada por las convenciones generales y las de especialidades que, conforme al ritmo del tiempo, se suceden con pasmosa frecuencia, signo del progreso al que antes me referí.

Como médico y como individuo, por sus variadas y múltiples funciones, por sus dotes de organizador y sus facultades administrativas, por su caballerosidad y decencia, por sus afanes de aprender y de enseñar, y por sobreponer los intereses de la comunidad a los propios, Pepe Torres Torija tiene afinidades con el maestro Pruneda; quizá difieren en que don Alfonso es incisivo en ciertas de sus apreciaciones irónicas y, a las vegadas, vehemente en la manifestación de sus ideas.

Don Pepe, con su ponderación inalterable, su equilibrio mental y su pulcritud en el vestir y en el actuar, fué prototipo del médico intachable y del gentilhomme; siempre con la miel de la bondad humana a flor de labio, manifiesta en la sonrisa franca que, acompañada de un frotamiento de las manos, era señal de aprobación y de júbilo, en sus pláticas y en las discusiones; jamás conoció "el gesto de la ira", "ni diseñó de la amenaza el rayo", y pudo decir como el poeta de *El Corazón Juglar*, que sus manos sólo supieron "trazar el arabesco de una sutil y plácida ironía".

Su espíritu conciliador y su carácter condescendiente le granjearon amigos en todas partes. La opinión de sus colegas y la generalizada, en los círculos sociales, reconoce que Torres Torija fué íntegro, sin mácula ni sospecha.

El lunes 27 del mes anterior, en el diario *Excélsior* se publicó un artículo del inteligente polígrafo doctor José Avilés Solares, quien es muy parco en alabanzas; compañero de Torres Torija, en los mismos cursos, apreció sus excelencias y, en su escrito, el doctor Avilés Solares cita el testimonio de su finado condiscípulo a quien concede competencia como antropólogo, y honestidad como profesionista.

El señor general Avila Camacho, en los primeros días de su presidencia, me dió el encargo de convencer al dermatólogo de internacional renombre, don Salvador González Herrejón, cuya rectitud es de todos conocida, para que aceptase el nombramiento de Secretario General del Departamento de Salubridad; desempeñé mi cometido; don Salvador estaba dispuesto a servir, pero con la condición ineludible de que Torres Torija desempeñase la Oficialía Mayor; el presunto Secretario General deseaba que las cuestiones ad-

ministrativas fuesen resueltas por una persona de honradez a toda prueba, y don Pepe, en anterior desempeño del mismo cargo, se había distinguido por su conducta de nitidez inmaculada. Esa respuesta la daría don Salvador, personalmente, al primer mandatario.

A los juicios de los dos colegas pudieran añadirse otros, pero serían repetición de conceptos.

En su clientela civil, Torres Torija gozó de merecida estimación, misma que se le dispensó en todos los círculos sociales.

Mencionaré otras de mis coincidencias con Torres Torija: los dos fuimos ayudantes quirúrgicos del hábil y justamente apreciado maestro Malda, y éste tuvo la deferencia de ayudarnos —digo mal, de dirigirnos— en no pocas de nuestras intervenciones.

También el maestro, al que más estimé por tanto como le debí, el que ascendió, en vida, a la cumbre de la santidad, Ulises Valdés, nos dispensó parecidos favores y fué, después de fallecido, recordado con emoción cuando, en nuestras pláticas, venía su nombre a nuestros labios.

He intentado hacer un esbozo de José Torres Torija y de su época; fáltanme los rasgos imprescindibles de sus virtudes hogareñas: esposo amanísimo y tierno padre.

Llegamos al epílogo; cansada la víscera vital, la que al detenerse pone fin a la existencia, empezaron los trastornos y se reveló la gravedad; el médico fué internado en el Instituto de Cardiología; ocupó el mismo aposento en que yo había permanecido por dos meses, el año anterior; ambos fuimos, en los primeros días de nuestras respectivas internaciones, antes de que nos identificaran algunas enfermeras y la gente de servicio, “el 24-A del primer piso”. Otros huéspedes transitorios, en épocas vecinas, fueron el genial investigador Nacho González Guzmán y la más brillante de nuestras glorias literarias, Don Alfonso Reyes; agregaremos aún: el prestigiado escritor y flamante diplomático, don José C. Valdés y el famoso jurisconsulto y honorable político don Eduardo Vasconcelos. Alguien llamó a esa estancia “el cuarto de los grandes”.

Nos reíamos Alfonso Reyes y yo de la ocurrencia, cuando, ya convalecientes, solíamos encontrarnos en el departamento dental del Instituto, donde nuestro coacadémico, el conspicuo y amable odontólogo —caballerosidad y pericia— don Luis Farill, “nos arreglaba la herramienta”, según el dicho de uno de sus ayudantes.

A veces, mientras nos llegaba el turno, departíamos en la “encrucijada” (“hall” del primer piso) por donde transitaban o se detenían, aislados o constituyendo grupos, los internos y estudiantes, enfermeras y empleados, pacientes ambulatorios y numerosos visitantes. Recogíamos los comentarios

diversos: elogios a la inigualada sabiduría del creador y alma del Instituto, Nacho Chávez; los aciertos de quien le sigue muy de cerca, Salvador Aceves; los relatos de diagnósticos increíbles, hechos por el mago de la alergia, Salazar Mallén, y en el murmullo de alabanzas distinguíamos los nombres de la pléyade que ya brilla con propios fulgores: Cabrera, Luis Méndez, Sáenz Arroyo, Dorbecker, Villarreal, Mendoza, Rivero Carballo, Nicandro Chávez, y luego los investigadores ya renombrados, Rosenblueth a la cabeza de los jóvenes; una mención particularmente grata para mí se repetía con frecuencia: Perrín, indiscutido renovador de los laboratorios clínicos en México y uno de los que mayormente ha contribuido en la creación y desarrollo de la medicina y de la biología mexicanas; veterano de la estirpe de los sabios que laboran después de la sesentena con el mismo vigor e igual eficiencia de los años mozos: Amor, Ocaranza, Pruneda, Malda y el mismo Torres Torija, todos privilegiados con la "juventud longeva", como designó la de González Martínez, príncipe de nuestra lírica.

Pero volvamos al mentidero: ahora un grupo de animados estudiantes refieren los milagros de la terapéutica reciente aplicada por Robles Gil; se cuentan las proezas maravillosas del cardiocirujano Clemente Robles, equiparándolas a las más célebres del maestro Gustavo Baz.

Los miembros de tan distinguido estado mayor (quedan muchos por citarse) se asocian en número variable, según los casos, y luchan con denuedo por restituir la salud a los dolientes. Los éxitos revisten apariencia de prodigios.

"Aquí sólo se muere quien quiera morir", sentenció Alfonso Reyes. "Estos sabios se burlan de la parca", me había dicho el simpático Valadés.

Y en ese instituto, "donde nadie se muere", hallábase moribundo el doctor don José Torres Torija. Lo visité a principios de abril.

Sentado en un sillón de brazos, en los que apoyaba los suyos; envuelto hasta la cintura en una manta —protección contra el frío—; levantó los ojos, y, al reconocerme, tendió su mano que apenas tocó la mía; sus labios murmuraron mi nombre; una leve sonrisa, trasunto de la de otros tiempos, exteriorizó su complacencia; en el rostro pálido, un edema ligero era presagio del próximo desenlace; le dirigí palabras de aliento, asegurándole que pronto sanaría: "estuve más grave que usted y ahora véame". Sonrió nuevamente, como demostración de agradecimiento, pero también de incredulidad; sus entrecerrados ojos parecían rehuir lo mundanal; veía, en su interior, la luz de la llama encendida por la incandescencia de su fe. En su expresión se confundían la majestuosa serenidad helénica y la inefable beatitud cristiana.

Me alejé acongojado, con la certeza de que don Pepe se moriría allí, en "donde nadie se muere"; su vida consumíase silenciosamente, holocausto

en aras de la humanidad; su corazón desfallecía sobrecargado con los residuos de tantos dolores como el hombre bueno supo aliviar. Mucho más que los suyos, los ajenos pesares habían desintegrado algo que ignora la patología y cuyo misterio ocúltase más allá del "gran horizonte de la ciencia".

En la tarde, Manuel Martínez Báez, gran señor, amigo excelente y médico magnífico, confirmaba mi pronóstico sombrío: don Pepe preparábase para el eterno viaje.

Tras de haber recibido el tratamiento electroterápico que diariamente se me aplica, cruzaba yo el pasillo donde en un lado están las entradas de las secciones de estadística y de archivo y en el opuesto se leé, sobre una puerta: "embalsamamientos" y sobre otra: "depósito" (de cadáveres).

Hasta entonces, nunca presté atención a tales títulos, pero esa vez los leí con un vago recelo. Al salir del corredor y desembocar en el vestíbulo decorado con los murales de Diego Rivera, vi un ataúd; conducido por varios hombres, desaparecía por una de las puertas laterales. Un obrero, albañil probablemente, venía en dirección contraria; tuve tiempo de señalarle la caja mortuoria y hacerle un gesto interrogativo; me comprendió y fué su respuesta, en tono indiferente: "para un cuerpo..."

Del aula salió un estudiante; había oído la respuesta irreverente y, como quien murmura una oración, me dió la noticia desgarradora: "El maestro, don Pepe Torres Torija..."

A esas horas, cerca de las 14, en los archivos se anotaban los datos cuyo resumen conseguí, hace poco: Dr. (Juan) José Torres Torija, murió el 21 de abril de 1952, a las once horas y cuarenta y cinco minutos; en los sitios correspondientes figuran el episodio fatal: uremia, y el estado patológico, causa del ingreso al nosocomio: hipertensión arterial...

Seguí mi camino, como autómata, desconcertado; así llegué a la calle y, ya repuesto un tanto, pensé: acaba de morir un justo cuya historia pudiera titularse: "José Torres Torija o el decoro integral..."

Una luz maravillosa bañaba el ambiente, dando brillantez al paisaje; hasta el muro frontero, borroso desteñido y con vetas grises de polvo amasado por la lluvia, tenía claros reflejos de oro; detrás, los cipreses verdinegros, al recortar el azul metálico del cielo, contrastaban con la transparente atmósfera del valle, tan pura que parece santificar con su pureza todos los seres y las cosas...

Pensé que, para los creyentes, como lo fué Torres Torija, era una verdad la del zafio: el cuerpo, en el ataúd, se hundiría en las tinieblas de la tumba, pero el alma inmortal había regresado al reino de la eterna aurora...

y después el glorioso panorama primaveral me sugirió una interpretación panteísta: el espíritu del "asclépida" se difundía en el éter, al conjuro del menor de nuestros dioses, Esculapio, conforme a los designios de su padre, Apolo, nuestra divinidad olímpica, el sol, manantial inagotable de calor, de luz, de vida. . .